

## ARTES Y LETRAS

## Es la hora de un nuevo resurgir Imperial

Un Imperio se crea por hombres que sienten el espíritu de sacrificio y de servicio, que llevan dentro del corazón el sentido ascético y militar de la vida. Que saben adoptar ante ella, en cada uno de sus actos, una actitud humana, profunda y completa. Por hombres que lograron alcanzar la jerarquía verdadera — capaz de crear imperios —, porque en tierras lejanas supieron arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras, porque el sacrificio y la acción, constante y dura, no significaba nada ante la grandeza sin límites de la fe en la amada España, y ante su fe, ilimitada, en los sublimes ideales de Jesús, aquellos que cantó con ideal lenguaje en el maravilloso sermón de la montaña a orillas de un lago, en sagradas tierras lejanas.

Un Imperio se creó por hombres que tenían esa fe arraigada tan hondamente, con profundas raíces, alimentándose en el genio de la raza, que nada podía torcer en ellos ese ideal sublime, de evangelización de las almas. Fe enorme, amplia, pura: Piedra granítica, sobre la que se elevaba con firmeza de pirámide, con esa reposada formación de las cosas milenarias, toda la fantástica fábrica del Imperio Hispano.

De esos hombres — nacidos del genio de la raza — fué Don Pelayo, el primer rey de Asturias; aquel que en Covadonga, junto a la gruta humilde de una Virgen sencilla, elevó al cielo una plegaria y entró en legión contra las huestes sarracenas, echando los cimientos de una unidad, que dió un Imperio.

Los esfuerzos iniciados por el rey de Asturias, en Covadonga, y seguidos sin desmayos por gran parte de los jefes de los reinos hispanos a través de los siglos que duró la Reconquista — dentro de los ideales cristianos de la Edad Media —, iban a dar a España, en el siglo XV, una grandeza desconocida: la nueva era de un Imperio.

Esa hora de grandezas, que tienen en el curso de la vida — marcada con fuego — los hombres y los pueblos, debía comenzar para España en 1474, bajo el reinado de los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando.

En la **Concordia de Segovia** se echaron los jales de esa grandeza de España: Símbolo del pacto fué el mote «Tanto monta, monta tanto», que figura en muchos documentos escritos y pétreos de la época, porque lo hicieron suyo, unido al yugo y al haz de flechas.

La unión hace la fuerza: Así comienza la gran historia de España.

Fernando llevó al patrimonio común las tierras de Aragón y Baleares, las posesiones del otro lado del Pirineo, y los reinos y ciudades que poseía por las lindes del Mediterráneo.

Isabel, los reinos de las dos Castillas, León, Galicia, Asturias, Extremadura y otros territorios, ya conquistados, en tierras de Andalucía.

Fernando poseía diplomacia sagaz, complicada sutileza y energía varonil, algo áspera, pero firme y decidida, sin titubeos, cuando del logro de una decisión se trataba.

Isabel estaba dotada de una inteligencia superior, poseía un temple de alma excepcional y profunda clarividencia en los destinos de sus reinos, y estaba impregnada de una concreta energía femenina, llena de gracia y gentileza.

Unidas esas poderosas fuerzas, dieron por resultado la rendición de Granada el 2 de enero de 1492. Aspiración unánime de toda España (como lo comprendemos al ver empleado con profusión en los temas ornamentales de aquella época, la simbólica Granada), para lograr la unificación de los reinos y con ello el comienzo de sus glorias.

Y que ello era el inicio de esa grandeza sin

límites, concedida a España por alta bendición del cielo, fué el que a poco sucediese el hecho trascendental del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, el gran Almirante del Océano. El 12 de octubre del mismo 1492, luego de penalidades sin cuento durante una travesía accidentada, por la noche, en plena calma, bajo el manto silencioso de las estrellas, un grumete veía por vez primera — en el horizonte — una luz, indicio de vida en tierras ignoradas. Al amanecer un Nuevo Mundo se ganaba para Cristo. España centuplicará su extensión.

Y así, lenta y sencillamente, como la flor nace, se desarrolla y crece; con esa diligencia sin tregua, que ponen en sus altas empresas los apóstoles, los mártires, los guerreros y los misioneros, España fué preparando el momento solemne en que debía reinar en ella un nieto de los Reyes Católicos, que reuniría en sus manos el inmenso poder de un gran Imperio.

El sendero lo trazó esa mano que rige los destinos de todo el universo: Mientras los hombres se afanaban en tejer caminos y buscar soluciones, que creían como tales, la muerte y la locura, segando en bella edad vidas de príncipes y de infantas, de reyes y de reinas, y dañando ilusiones de santa Madre, fueron allanando el camino que debía seguir el joven emperador para dar comienzo al gran Imperio de España.

El mundo, todo, se iba afanando en preparar tanta grandeza. Porque esa grandeza convenía a los designios de Dios; que España debía ser entonces, como lo fué antes, lo ha sido ahora y lo será siempre, el paladín de ese ideal, que empieza en la creación del Universo y sigue con la muerte del justo, de aquel que, para darnos vida eterna, padeció muerte humana.

Con suficiencia que todo lo rige, el Eterno dió a los pueblos que habitaban en la tierra — en el siglo XV — bellos momentos de esplendor, haciendo sentir a los humanos inmensos deseos de ver, pensar y crear.

El humanismo estaba en pleno apogeo. La creación de la imprenta, en Alemania, prestó alas al noble afán de divulgar el saber, siendo ese invento uno de los propulsores del adelanto enorme de la nave humana, hacia los amplios caminos de la vida actual.

Esa sed de lo desconocido hizo crear a los hombres que regían los destinos de España nuevos centros de enseñanza — donde la espada y el libro eran hermanos de idénticas prerrogativas —; fué la primera la Universidad de Valencia en 1500, y ocho años después, en Alcalá de Henares, funda el insigne Cardenal Cisneros (ante el cual, como caballero del S. E. U. y fiel al ave de blanco plumaje de nuestros recíprocos blasones — como nuevo caballero del Santo General —, me inclino respetuoso, pidiéndole aquel saber, aquella su bondad y firme energía) la famosa Universidad de Alcalá, residencia de estudiantes, nido de intrigas, donde se iban formando aquellos caracteres guerreros — indómitos y fieros —, que luego correrán a otros mundos en busca de tierras y de glorias para España. Cuna insigne de grandes ingenios españoles, que dieron luz, brillante, a esos siglos plétóricos del Imperio: Cervantes, Lope, Calderón, Tirso, Quevedo, Marina, Juan de Avila, Tomás de Villanueva, José de Calasanz, Ignacio de Loyola.

Las letras y las armas (recordemos al Gran Capitán; el triunfador en cien combates; el de las famosas cuentas) se juntaron, para dar al siglo XVI español toda su grandeza inmortal.

Preparada estaba España para recibir al pequeño César.

Quince años tenía Carlos I (y V de Alemania) al pisar tierras de España: Cisneros, el noble Cardenal Regente de España, el humilde franciscano, murió entonces, y Carlos se encontró solo, delante de aquel colosal Imperio integrado por todas las tierras pertenecientes a los reinos de Castilla, Navarra y Aragón; todos los territorios sujetos a la casa de Borgoña: el Artois, Flandes, los Países Bajos y el Franco Condado, Sicilia, Cerdeña y Nápoles; el Archiducado de Austria y territorios poseídos por la casa de Habsburgo, en Alemania (lo que formaba el Imperio del centro de Europa) y los enormes territorios del Nuevo Mundo, que rápidamente iban creciendo en valor y extensión.

Pero todo esto no bastaba a la grandeza de España, por eso sus hombres seguían su marcha triunfal, de conquistas y victorias.

El hijo del César, Felipe II, heredó con el trono hispánico un vastísimo Imperio que le forzaba a intervenir en todos los asuntos europeos, pues aparte de España y su Imperio colonial de América (desde más arriba de Méjico, hasta el Paraguay y el Plata), y de Oceanía (Filipinas y parte de las Molucas), y de África (Islas Canarias, Orán, Túnez y Cabo Verde), poseía Milán, Nápoles y Sicilia, que le aseguraban la preponderancia en Italia; asimismo poseía el Franco Condado, el Artois, Flandes y los Países Bajos, que constituían comarcas ricas y bien pobladas (aunque fueron la causa de las luchas cruentas por la Reforma, las guerras de religión que asolaron a Europa durante muchos años); además su matrimonio con María Tudor, reina de Inglaterra, le aseguró momentáneamente este reino, perdido prematuramente por muerte de su esposa.

Por si todo esto era poco para el deseo del genio de la Raza, en 1581, por herencia y por conquista, Portugal, con su extenso Imperio Colonial, pasó a formar parte del inmenso Imperio español.

De aquel Imperio, en el que jamás se ponía el sol. De aquel Imperio, como no habrá otro sobre la faz de la Tierra: formado por gran parte de Europa, toda la América conocida, casi toda el África y en Asia parte de la inmensa India, y en Oceanía todas las islas descubiertas. Gúmulo de razas que España se esforzó en hacer suyas a fuerza de trabajo y amor.

A tantos y tan ricos dominios, se unía la fuerza representada por el Ejército Español, el más poderoso, adiestrado y disciplinado de su tiempo; con su famosa infantería (los tercios de Flandes), a la que entonces nadie podía resistir y que, mandada por los mejores generales de la época, el Duque de Alba, don Juan de Austria o don Alejandro Farnesio, llenó, con la gloria de sus victorias, todo el siglo XVI, quedando el eco de esos triunfos cabalgando por los cielos del mundo.

También poseía España la escuadra más poderosa de todos los países: la que en Lepanto venció el poderío turco; aquella que cantó el insigne ingenio de las letras hispanas don Miguel de Cervantes Saavedra.

Como marco la tanta grandeza, el impulso imperial de Felipe II, siguiendo ese sino constructivo de todos los grandes monarcas del universo — que es ley en todo imperio humano —, llevó al César español a la realización pétreo de la maravilla de San Lorenzo del Escorial, hoy panteón de reyes y de Césares de la materia y del alma. Monasterio, iglesia, palacio, escuela, museo, biblioteca y retiro apacible, adonde fué a morir el Rey que dominaba el mundo y que suplicaba al cielo.

Pero todo cuerpo, siguiendo la ley química de formación de la materia, llega a su apogeo y luego declina. No es de extrañar — si eso